

Firma invitada

Aún aprendo, dice Goya. Pero ¿qué?

Guillermo Fatás



Aún aprendo (Francisco de Goya y Lucientes)

1. El genio trabajador

No estoy muy seguro de que Goya quisiera decir con su *Aun aprendo* (sin tilde) lo que se le suele atribuir: que, a pesar de su edad, todavía desea seguir conociendo cosas para él incógnitas; que no se ha cansado de aprender, no obstante su ancianidad. Hizo el dibujo en edad premortuoria (los sabios lo fechan entre 1826 y 1828, según). En cambio, dado su modo de ser,

me parece más probable que, si bien dijo sin duda lo que parece, no quiso decirnos solo eso. Como otras veces, a Goya hay que interpretarlo por encima y por debajo de lo que muestra.

Se asume a menudo que el Goya anciano, ya decrepito, sordo, con serios impedimentos físicos y afincado en Burdeos sin hablar bien francés, superaba tan graves obstáculos refugiado en su fuerza

de voluntad, que era muy grande. La interpretación usual es que su ánimo enterizo le hizo superar el dolor y el aislamiento. Una prueba contundente sería este dibujo perturbador que está en el Museo del Prado: valetudinario y casi sin hálito, aprendo todavía.

Goya fue, en efecto, dueño de una voluntad mayúscula. La puso al servicio no solo de su genio portentoso, sino de su admirable

laboriosidad, sin la que no hubiera sido lo que fue. La vocación y las aptitudes no bastan: hace falta trabajar. A Goya le gustaba trabajar, necesitaba crear de forma continuada. Cultivó con maestría innovadora un número altísimo de registros, plásticos, morales y técnicos, de forma que la obra de don Francisco más parece la de media docena de artistas. Están en situación antípoda la *Condesa de Chinchón* y los *Viejos de las sopas*, los *Fusilamientos*, los cartones isidriles, los *Desastres* y el amoroso *Marianito*, y así todo.

2. Un tópico clásico

Octogenario, eligió un tópico clásico para condensar el significado (oneroso) de la vejez, edad temible en la que el hombre se enfrenta a pesares crecientes e ineludibles. Goya, que había soñado con una placentera vida burguesa —“Campicos y a vivir” —, escribía a su más que amigo Zapater, en los años en que le gustaba montar enloquecidamente en un carricoche —, se veía lejos de su patria y de su casa, sospechoso de poco entusiasmo por el régimen fernandino (pero ni opositor ni perseguido, hay quien gusta de exagerar) y muy afectado por sus dolencias físicas.

El ‘Aún aprendo’ era ya veterano en Europa. Tiene antecedentes griegos y romanos, claramente en Plutarco (hablando de Solón) y en Séneca (hablando de sí propio) y tomó forma italiana. En la forma ‘Ancora imparo’, fue puesto en boca de personajes alegóricos (así, el Viejo, arquetipo de la senectud) y en la de genios esclarecidos (como Miguel Ángel, compendio de talentos artísticos).

Soy viejo, viene a decirse, pero quiero aprender, deseo saber más, anhelo conocimiento(s). Y esa intención es la que, dibujo mediante, hemos venido atribuyendo a nuestro don Francisco en sus años bordeleses.

El viejo de Goya es un viejo viejísimo, mucho más dramático que sus antecedentes, casi trágico. Anciano decrepito, encorvado, con barbas largas y descuidadas, gran pelambarrera y sin apenas fuerzas para caminar. Se apoya, con manos deformadas por la enfermedad, en dos bastones y anda, apenas, bajo el “Aun aprendo” (sin tilde). Es el dibujo 54 del *Cuaderno G* (o *Burdeos I*) que llegó al Prado en 1872.

Los viejos aprendices tienen como referencia notoria el que grabó Girolamo Fagioli en 1538 (British Museum): camina con esfuerzo, encorvado y apoyado en un carrito con asideros, en cuya parte delantera hay un inexorable reloj de arena. Además de ‘Anchora imparo’ (sic), hay una sentencia de Séneca: *Bis pueri senes* (sic, por *senex*). *Tamdiu discendum est quamdiu vivas*: “El viejo es niño otra vez. Aprenderás mientras vivas”. (Esto último era un proverbio romano). Casi cinco siglos antes, el viejo Sócrates (por pluma de Platón) también aparecía deseoso de aprender (música).

Otro venero del ‘Aún aprendo’ está en la catequesis cristiana, que Goya conoció bien. El aprendizaje del camino hacia la santidad no concluye hasta la muerte y es el único determinante: *Scientia destruetur*, dice Pablo a los corintios. En el colegio donde pasé varios años infantiles, nos lo gritaba a diario una pared: “La ciencia calificada / es que el hombre en gracia acabe, / porque, al fin de la jornada, / aquel que se salva, sabe; / y el que no, no sabe nada”. El letrado frailuno presidía, paradójicamente, la sala llamada Estudio. Luego supe que esos versos eran de fray José de Cádiz, enemigo jurado de la Ilustración. (En Zaragoza montó un poyo regular acusando a los ilustrados de decir lo que jamás habían dicho).

3. Goya encolerizado

Mirando los ojillos tremendos del anciano goyesco se siente uno intimidado. No sucede eso con los

otros grabados que conozco del viejo que aún aprende, solo con este pasa. Creo ver en esa figura el alma misma de Goya tal como él podía imaginarla a la altura de 1826 o 1827. Me baso en algo muy sencillo, nada rebuscado, teórico ni psiquiátrico.

El primer biógrafo de Goya fue el francés Laurent Matheron, que escribió sobre el gran sordo y su peripecia vital un librito publicado en (1858). Y allí se lee esto, una vez traducido:

“Retomó sus costumbres plácidas y burguesas; pero las fuerzas se le iban, sus paseos se hacían raros, sus pinceles menos activos; su humor se ensombrecía. Enseguida ya no pudo salir sin el subsidio de su joven compatriota el Sr. de Brugada, en cuyo brazo se apoyaba. Y, en sitios retirados, probaba a andar solo. Pero, ¡esfuerzos inútiles!, ya no tenía piernas. Incurría entonces en grandes encolerizamientos: ‘¡Qué humillación! ¡A los ochenta años – gritaba- me pasean como a un niño! ¡Y tengo que aprender a andar!...’”

Avergonzado de su impotencia, que comprobaba en lugares apartados para eludir el ridículo y la compasión ajena, maldice con fiereza haberse convertido en una criatura desvalida que, como un niño pequeño, aún tiene que aprender... ¡a andar! *Il faut – confiesa, derrotado- que j’aprenne à marcher!*’. El viejo de Goya mira con una turbia mezcla de fatiga y odio.